

La extinción de los indios antillanos no fue causada por un "atraso evolutivo de sus culturas", sino por un afán incontrolado de lucro económico encadenado a condiciones de extrema dureza en el trabajo.

Luis Enrique Rodríguez B.

Beatriz Castro Carvajal (editora), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1996, 445 pp.

El propósito de este libro es, según la editora, recopilar los trabajos que con anterioridad se han realizado sobre el tema y presentar nuevas investigaciones que incluyan documentación desconocida y aspectos novedosos de la vida cotidiana hasta ahora poco divulgados. Con la temática de lo cotidiano pretende "rescatar el quehacer diario, el transcurrir habitual, la vida de la gente común". Intenta encontrar "lo significativo y lo explicativo para el conocimiento de nuestra historia."

El texto está compuesto por quince ensayos distribuidos en tres secciones: Conquista, Colonia y República, de los cuales uno pertenece a la primera sección, cuatro a la segunda y los restantes diez ensayos a la tercera. No obstante, el orden de los artículos no corresponde estrictamente a un criterio cronológico o temático. En la tercera parte del libro están contenidos tres ensayos sobre la época colonial y algunos de ellos no se ajustan estrictamente al tema de lo cotidiano. Los autores que participaron en la compilación, eligieron un problema específico próximo a sus investigaciones para explorar en él los elementos que se pudiesen ajustar al tema general de la obra.

El libro comienza con el artículo de José Ignacio Avellaneda Navas sobre "La vida cotidiana en la conquista", en el cual el autor, quien es ampliamente conocido por sus trabajos sobre las huestes conquistadoras, explora los elementos y las situaciones que él considera significativas para construir una imagen sobre la vida cotidiana en las empresas de la conquista. Trata de organizar su exposición, a partir de las etapas del proceso de la conquista, y de consideraciones globales sobre las expediciones de Nicolás de Federmán y Sebastián de Belalcázar. Destaca para la primera, la importancia de la Compañía de los Welser en la financiación de la empresa conquistadora venezolana, y para la segunda el itinerario de las fundaciones

realizadas por Belalcázar. A esta visión global le siguen consideraciones más puntuales relacionadas con la organización y el avance de las expediciones, y los oficios que desempeñaban las personas que integraron las huestes: boticarios, carpinteros, herreros y calafateadores. De ellas también hicieron parte tres funcionarios reales el contador, el tesorero y el veedor, "quienes a nombre del rey colectaban impuestos y llevaban cuenta de todo valor quitado a los indígenas y que iba a parar a un fondo común que sería al final repartido entre todos los expedicionarios", y finalmente los clérigos. Este tipo de organización sugiere la importancia atribuida a la ley, al soporte moral y religioso por parte de los expedicionarios, que bien hubiera podido el autor analizar con más detalle como posibilidad para conocer los valores y principios que orientaron en determinado momento la vida de los conquistadores.

El autor destaca también el problema de la alimentación de los expedicionarios, para señalar no unos hábitos sino la forma como se satisfizo esta necesidad en tierras americanas, como una expresión más de un orden social, jerárquico al interior de las empresas de la conquista americana. La visión de la naturaleza como escenario de hostilidad, enfermedad y muerte, promovida por los cronistas, es modificada por Avellaneda quien indica las ventajas naturales que ofrecieron las rutas escogidas por los españoles, quienes encontraron en las sabanas y en los valles del Cesar y del Magdalena condiciones geográficas facilitadoras del avance conquistador. La imagen dramática del valle del Magdalena y sus efectos letales para la población europea es redimensionada por el autor quien considera que sus calores sofocantes no fueron mayores que los fuertes veranos andaluces, o los de Ecija, "llamada la sartén de España, en donde en el verano el termómetro sube a cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra, cosa que muy raramente sucede en el valle del Magdalena". Igual que los fríos cundiboya-censes, nunca comparables a los crudos inviernos de Castilla. Según el autor, las condiciones malsanas del valle del Magdalena, y la transmisión de la malaria y la fiebre amarilla por picaduras de insectos, no existían en América antes del siglo XVIII, cuando fueron importadas de Africa Occidental. Investigaciones sobre estos aspectos modificarían el planteamiento según el cual las malas condiciones medio ambientales impidieron un poblamiento temprano de las zonas bajas. La alta mortalidad blanca en la época de la conquista, según Avellaneda, fue el resultado de la mala nutrición antes que de enfermedades de transmisión parasitaria. Sin duda el buen

propósito de reconsiderar la naturaleza como obstáculo para el avance conquistador y como escenario donde los españoles pusieron a prueba su valentía, no debe hacer perder de vista el impacto que las condiciones medio ambientales del trópico tuvieron en los europeos del siglo XVI.

El ensayo concluye señalando aspectos ya conocidos sobre la fundación de poblados y algunas tipologías de los conquistadores a partir de su escolaridad y su edad promedio. De tal manera que lo cotidiano para Avellaneda, se puede expresar en múltiples temáticas siguiendo el proceso social, económico y político de la empresa de la conquista.

La segunda parte del libro dedicada al periodo colonial, se inicia con el ensayo del historiador Pablo Rodríguez, sobre "La vida cotidiana en las minas coloniales". La vivienda en los reales de minas es el primer elemento que destaca el autor, indicando que la distribución de los ranchos y su uso respondían en forma separada a las necesidades de depósitos de herramientas, alimentos y dormitorios, lo que nos permite inferir que en las rancharías predominó el sentido funcional de la organización productiva, más que un sentido sobre la vida íntima y familiar. Contrasta el autor la precariedad en el transcurrir de la vida en los reales de minas con las riquezas allí explotadas. Producto, según Rodríguez, de la dificultad de "acceso de mercancías necesarias para la vida diaria a lugares tan aislados y de compleja geografía". En cuanto a la cuadrilla y la gente de las minas, el autor destaca la condición social de sus integrantes, sus oficios y especializaciones. Luego se ocupa de la fragmentación de que fueron objeto las familias negras al momento de llegar a tierras neogranadinas. Aspectos culturales como la magia, la religión, el ocio, la danza y los cantos, hubieran merecido un tratamiento más detallado. Algunas nociones que utiliza el autor como "*Cristianismo mágico*", o "*férreo maniqueísmo occidental*", pudieron haberse precisado más. Maniqueísmo y magias, muy probablemente denoten unas dualidades morales que no se originaron propiamente en occidente. Si los esclavos veían al diablo como bufón de Dios, siendo para ellos un aliado y un consuelo, despojado de la malignidad cristiana, encontraríamos una religión muy distante del cristianismo y no un cristianismo adaptado a las condiciones sociales de los esclavos. El autor hubiera alcanzado mayor precisión al señalar los espacios y los momentos que permitieron que se hicieran efectivas las influencias europeas que él señala en los bailes negros como el currulao, la jota, la contradanza, la mazurca y la polca. Finalmente,

Pablo Rodríguez termina su ensayo con una breve reflexión sobre la lengua castellana en las comunidades esclavas, a la cual "le imprimieron su propia fonética y semántica", descubriendo cómo los esclavos la "aceptaron pero no sólo para obedecer las órdenes del amo, fue también un instrumento para expresar sus emociones, para imitar, recrear y adaptar su mundo". Desde esta perspectiva, el ocio dio lugar a la tradición oral, aspecto fundamental de las prácticas culturales africanas.

"La vida cotidiana en las haciendas coloniales" escrito por Pablo Rodríguez y Beatriz Carvajal, es el tercer ensayo de la compilación y al igual que el trabajo anterior se inicia con algunas observaciones sobre la casa, como el elemento más vistoso y llamativo de la hacienda colonial. Los autores describen la hacienda colonial como un espacio que tuvo a la casa como un lugar central, cuya distribución arquitectónica reflejó los logros económicos de los hacendados. Los espacios de la hacienda y sus funciones nos sugieren cierto autarquismo económico dados sus talleres para la fabricación de ladrillos, tejas y velas, así como su herrería y carpintería. Igual cosa sucedía en el ámbito social si lo juzgamos por la capilla. En cuanto a la gente de la hacienda, los autores destacan la composición étnica de los trabajadores, como también las relaciones sociales de producción que allí imperaron, recogiendo implícitamente gran parte de las conclusiones de los principales trabajos de los historiadores económicos y sociales, como Colmenares, Tovar y Meissel entre otros.

En otro artículo sobre lo cotidiano en el mundo colonial, Rodríguez plantea el tema "Casa y orden cotidiano en el Nuevo Reino de Granada, S. XVIII". A juzgar por el título, el ensayo prometería un análisis sobre la vida doméstica, sin embargo no es así. Vivienda, familia, comportamientos demográficos, autos sacramentales, el honor de la casa, son los aspectos tratados que bien hubieran podido ser estudiados en forma más orgánica bajo el tema de la familia.

La sección correspondiente a la Colonia finaliza con el ensayo de la historiadora Margarita Garrido, "La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales". El objetivo central de este artículo es analizar la vida diaria en espacios no privados en función al reconocimiento de las preeminencias de los notables y de su identidad con relación a las castas. La sensibilidad de la sociedad colonial en torno al reconocimiento público, originó abundantes

querellas y pleitos que son aprovechados por la autora para medir la importancia de los signos de civilidad, como el Don, la precedencia en los espacios político-administrativos, religiosos o festivos, reflejos de una "sociedad colonial, jerarquizada y estamental, en la que la elaborada etiqueta textual y gestual correspondía a las posiciones en la jerarquía y éstas requerían el reconocimiento público". La unidad o fusión entre lo civil y lo religioso expresada en gran parte de los discursos, es considerada por la autora como fundamento de control social en los ámbitos privados y públicos. La unidad civil-religiosa, igualmente es analizada en función a la política colonial, donde "La buena reputación moral también tenía un alcance estamental y entraba en el intercambio político". La importancia del trabajo de Garrido radica en su interés por señalar la transición hacia lo republicano, destacando un cambio de conceptos por medio del cual se fue imponiendo el de comunidad sobre el de Audiencia que había imperado durante toda la época colonial.

"La vida rural cotidiana en la República" escrito por el historiador Michael F. Jiménez es el primero de los diez artículos que conforman la tercera parte del texto, dedicada al periodo republicano. Jiménez conocido por sus estudios sobre aspectos sociales y políticos del campesinado cafetero de Viotá, en esta ocasión centra su estudio en lo cotidiano de la vida rural colombiana. Nuestra gran diversidad geográfica, económica, social y cultural, no es considerada por el autor, lo que le impide ver los contextos y circunstancias que imponen un particular ritmo a lo cotidiano. El transcurrir diario de un campesino colonizador de la vertiente sin duda fue muy diferente a la de los habitantes de las tradicionales altiplanicies andinas y a la de los campesinos de las llanuras del Caribe y del litoral Pacífico. Las diversas formas de subsistencia y los diferentes tipos de cultivos, con sus particulares tiempos de siembra y cosecha, imponen ritmos de vida y cotidianidades específicas que de haberse tenido en cuenta hubieran enriquecido el texto del autor. Jiménez intenta construir lo cotidiano en la vida rural colombiana a partir de una abstracción basada en los procesos políticos y sociales más importantes del siglo XIX, como la colonización y poblamiento, las relaciones sociales y el poder que sobre los campesinos tuvieron los gamonales y hacendados. Los días de mercado, las festividades religiosas y los actos electorales complementarían la imagen de lo cotidiano. En la base de esta construcción histórica, están las representaciones dejadas por los viajeros extranjeros y por los escritores colombianos del siglo XIX, de tal manera que

encontraríamos en este texto construcciones y representaciones sobrepuestas a una realidad histórica.

La ciudad republicana es el tema de los ensayo de Catalina Reyes y Lina Marcela González "La vida doméstica en las ciudades republicanas" y de Beatriz Castro Carvajal "La vida pública en las ciudades republicanas". Lo doméstico como referencia explícita a la familia, es abordado más como institución, que como universo de relaciones interpersonales que definen lo cotidiano. Encontramos de nuevo en este ensayo las viejas y no por ello falsas afirmaciones sobre el carácter patriarcal de nuestras familias y la hegemonía de una visión mañana de la mujer. Los análisis y las interpretaciones sobre la cotidianidad de la familia y particularmente de las mujeres, son definidos de tal forma, que según las autoras el aburrimiento y ocio marcarían la vida de las mujeres en el periodo histórico estudiado. Sin duda el aburrimiento y el ocio, son una interpretación de nuestra época que posiblemente esté alejada de unos sentimientos manifestados históricamente. Al igual que en algunos de los artículos ya comentados el nivel de generalización es alto: «Los hábitos diarios eran más o menos los mismos en todas las ciudades» (p. 228). Un hecho a superar es la referencia a unas fuentes de información no citadas, por ejemplo, la literatura y los archivos judiciales, (p. 222)

La vida cotidiana, en este libro se disuelve en múltiples temáticas, dando origen a que algunos elementos se reiteren en uno y otro artículo. Son reiterativas las referencias a mercados, viviendas, obras públicas, etc. Lo anterior no es más que el reflejo de un objeto de investigación sobre el cual es necesaria una mayor reflexión metodológica, conceptual y teórica, como lo han hecho en otros contextos académicos, que en su momento han visto en esta nueva perspectiva de investigación un avance historiográfico importante. No cabe duda que los historiadores que participaron en esta compilación, ampliamente conocidos por sus aportes a la historiografía nacional en diversos campos de estudio, asumieron en esta oportunidad lo cotidiano como una reflexión espontánea, marginal, en el sentido que no es lo central en sus investigaciones académicas.

Aristides Ramos Peñuela